

BORRADOR DEFINITIVO

*Guión de la película.
Versión final, noviembre de 1998, páginas 1 a 4*

LA CASA DE RIVERTON © 1998

Autora y directora: Ursula Ryan

MÚSICA: Tema nostálgico y evocador, del estilo de moda durante la Primera Guerra Mundial y la posguerra. Romántico, con un matiz inquietante.

1. EXTERIOR. ESCENA FINAL EN UN CAMINO RURAL AL ANOCHECER

A ambos lados del camino se extienden interminables prados verdes. Son las ocho de la tarde. El sol estival, aún visible en el horizonte, se resiste a morir. Finalmente desaparece. Como un brillante escarabajo negro, un automóvil de la década de 1920 avanza velozmente por el sendero. Pasa a toda prisa entre viejos setos de zarzamoras teñidos de azul por el ocaso y coronados por cañas que se arquean sobre el camino.

La brillante luz de los faros vibra mientras el automóvil se desplaza rápidamente por la superficie irregular de la calzada. Nos acercamos poco a poco, hasta ponernos a la par. Tras el último rayo de sol, la noche cae sobre nosotros. La luna llena irrumpe tímidamente, proyectando franjas de luz blanca sobre el brillante capó negro.

LA CASA DE RIVERTON

Echamos un vistazo al interior del automóvil; en la tenue luz distinguimos vagamente el perfil de sus ocupantes: un HOMBRE y una MUJER vestidos de fiesta. El hombre va conduciendo. Las lentejuelas del traje de la mujer brillan con el resplandor de la luna. Los dos van fumando, la punta incandescente de los cigarrillos se asemeja a la luz de los faros. La MUJER ríe un comentario del HOMBRE; al echar la cabeza hacia atrás la boa de plumas deja a la vista su cuello pálido y delgado.

Llegan a una gran verja de hierro, la entrada a un túnel formado por árboles altos y oscuros. El automóvil recorre la vereda, avanzando por el umbrío y frondoso corredor. Miramos a través del parabrisas, hasta que de pronto dejamos atrás el denso follaje. Hemos llegado al destino.

Una gran mansión de estilo inglés surge imponente en la colina: a lo largo de la fachada se ven doce ventanas resplandecientes; tres mansardas y chimeneas se distinguen en el tejado de pizarra. En el centro del amplio y cuidado jardín, iluminado con farolas, se erige una gran fuente de mármol ornamentada con hormigas gigantes, águilas y dragones que, como si fueran llamas, lanzan chorros de agua a cien pies de altura.

Desde nuestra posición, observamos cómo el automóvil continúa sin nosotros, gira y se detiene en la entrada de la casa. Un joven LACAYO abre la puerta y extiende su brazo para ayudar a la mujer a bajar del coche.

SUBTÍTULO: Mansión Riverton, Inglaterra. Verano de 1924.

2. INTERIOR. SALA DE LOS CRIADOS, DE NOCHE

La cálida y oscura sala de los sirvientes de la mansión Riverton. En el ambiente se percibe el nerviosismo de los preparativos. Nuestra perspectiva está al nivel de los tobillos, mientras los atareados sirvientes recorren en todas direcciones el suelo de mármol gris. Como sonido de fondo se oyen las órdenes impartidas a los sirvientes —los de menor rango están

siendo reprendidos— mezclándose con el ruido de las botellas de champán al descorcharse. Suena el timbre llamando al personal de servicio. Todavía con la cámara a la altura del tobillo, seguimos los pasos de una CRIADA que se dirige a la escalera.

3. INTERIOR. HUECO DE LA ESCALERA, DE NOCHE

Subimos por la tenebrosa escalera detrás de la CRIADA. Un leve tintineo nos indica que su bandeja está llena de copas de champán. A cada paso, nuestra visión va ascendiendo de los delgados tobillos a los pliegues de una falda negra, los picos del coqueto lazo blanco de su delantal, los rizos rubios que caen sobre el cuello de su uniforme. Por fin podemos ver lo mismo que ella.

Los sonidos de la sala de los sirvientes se desvanecen a medida que se hacen audibles la música y las risas de la fiesta. En lo alto de la escalera, la puerta se abre ante nosotros.

4. INTERIOR. SALÓN PRINCIPAL, DE NOCHE

La luz nos deslumbra en cuanto entramos en el gran salón de mármol. Del alto cielorraso pende una resplandeciente araña de cristal. El MAYORDOMO abre la puerta de entrada para dar la bienvenida a los elegantes invitados que vimos llegar en el automóvil. Sin embargo no nos detenemos, cruzamos la sala hasta la parte posterior, donde están las grandes puertas de estilo francés que comunican con la TERRAZA.

5. EXTERIOR. TERRAZA, DE NOCHE

Las puertas se abren con ímpetu. El volumen de la música y las risas va en aumento: la fiesta está en pleno apogeo. El ambiente posee el lujo propio de la posguerra. Lentejuelas, plumas, sedas se extienden hasta donde la visión pueda abarcar. Vistosos farolillos chinos, colgados en el jardín, se mecen en la suave brisa veraniega. Una BANDA DE JAZZ toca un charlestón y las mujeres bailan. Nos abrimos paso entre una multitud de rostros sonrientes, que miran en nuestra dirección mientras beben las copas de champán que la criada les ofrece

LA CASA DE RIVERTON

de la bandeja: una mujer con labios pintados de rojo, un hombre gordo de mejillas sonrosadas a causa de la excitación y el alcohol, una anciana delgada cubierta de joyas que sostiene una larga y fina boquilla de cigarrillo mientras lanza con indolencia volutas de humo.

Resuena un formidable ESTAMPIDO y todos miran hacia arriba: el cielo nocturno se llena de brillantes fuegos artificiales. Se oyen gritos de regocijo y algunos aplausos. Los fuegos en espiral de las girándulas se reflejan en los rostros, la banda sigue tocando y las mujeres bailan, con pasos cada vez más rápidos.

CORTE HACIA:

6. EXTERIOR. EL LAGO, DE NOCHE

A medio kilómetro de allí, un JOVEN está junto a la orilla más oscura del lago Riverton. Atrás quedan los ruidos de la fiesta. El joven mira el cielo. Nos acercamos, observamos el reflejo rojizo de los fuegos artificiales en su bello rostro. Aun cuando está elegantemente vestido, hay algo indómito en él. Su cabello castaño está despeinado y le cae sobre la frente, amenazando con ocultar los ojos oscuros que recorren enajenados el cielo nocturno. El joven baja la vista y mira más allá del lugar donde estamos, como si tratara de descubrir a alguien oculto entre las sombras. Sus ojos están húmedos; su actitud, súbitamente alerta. Despega los labios, como si se dispusiera a hablar, pero no lo hace. Suspira.

Se oye un CHASQUIDO. Bajamos la mirada. El joven aferra una pistola en su mano temblorosa. La levanta, fuera de escena. La mano que permanece junto al cuerpo se estremece y luego queda rígida. La pistola dispara y cae en el suelo fangoso. Una mujer grita. La velada musical sigue su curso.

FUNDIDO EN NEGRO.

TÍTULO DE LA ESCENA: «LA CASA DE RIVERTON».

LA CARTA

URSULA RYAN
FOCUS FILM PRODUCTIONS
513478 WEST HOLLYWOOD BLDV.
WEST HOLLYWOOD, LA
CAL. 90216 USA

DOÑA GRACE BRADLEY
HEATHVIEW NURSING HOME
1564 WILLOW ROAD
SAFFRON GREEN
ESSEX

27 de enero de 1999

Estimada señora Bradley:

Le ruego sepa disculpar que le escriba nuevamente. El motivo es que no he recibido aún respuesta a mi última carta, donde le refería el proyecto del film en el que estoy trabajando: *La casa de Riverton*.

La película narra una historia de amor: la relación del poeta R. S. Hunter con las hermanas Hartford, y su suicidio en 1924. Si bien contamos con autorización para filmar escenas de exteriores en la mansión Riverton, rodaremos las escenas de interiores en los estudios.

LA CASA DE RIVERTON

Estamos en condiciones de recrear muchos de los escenarios a partir de fotografías y descripciones. No obstante, apreciaría el asesoramiento de alguien con conocimientos directos del tema. Esta película es una pasión personal y no soportaría la posibilidad de incurrir en errores, ni siquiera los más insignificantes, con respecto al contexto histórico. Por ese motivo le estaría muy agradecida si aceptara supervisar la escenografía.

Encontré su nombre (su apellido de soltera) en una lista, entre una pila de cuadernos donados al Museo de Essex. No habría descubierto su conexión con Grace Reeves si no hubiera leído una entrevista a su nieto, Marcus McCourt, publicada en el *Spectator*, en la que él menciona brevemente la relación histórica de su familia con la villa de Saffron Green.

Le adjunto, para su consideración, un artículo reciente del *Sunday Times* acerca de mis anteriores películas y una nota promocional sobre *La casa de Riverton* que apareció en *Los Angeles Film Weekly*. Como advertirá, hemos logrado comprometer a buenos actores para protagonizar los papeles de Hunter, Emmeline Hartford y Hannah Luxton, incluyendo a Gwyneth Paltrow, quien acaba de recibir un premio Golden Globe por su trabajo en *Shakespeare enamorado*.

Le pido disculpas por esta intromisión, pero comenzaremos a rodar a finales de febrero en los estudios Shepperton, al norte de Londres, y estoy sumamente interesada en ponerme en contacto con usted. Tengo la esperanza de que le interese colaborar con nosotros en este proyecto. Puede escribirme a la dirección de doña Jan Ryan, 5/45 Lancaster Court, Fulham, Londres SW6.

Respetuosamente suya,

URSULA RYAN

Capítulo 1

LOS FANTASMAS SE AGITAN

El pasado noviembre tuve una pesadilla. Estaba en el año 1924 y me encontraba nuevamente en Riverton. Todas las puertas estaban abiertas de par en par, la brisa del verano hacía flamear las cortinas de seda. En lo alto de la colina, bajo un antiguo arce, había una orquesta de la que llegaba la cadenciosa música de los violines. Las risas y el entrecocar de los vasos resonaban en el aire y el azul del cielo era de aquellos de los que pensábamos que la guerra había destruido para siempre. Un lacayo, con su elegante uniforme blanco y negro, vertía champán desde lo alto de una torre de copas de cristal y todos aplaudían, disfrutando del espléndido derroche.

Me vi a mí misma, como sucede en los sueños, moviéndome lentamente —mucho más lentamente que en la realidad— entre los invitados que formaban una masa borrosa de seda y lentejuelas.

Buscaba a alguien.

De repente el panorama cambió y me encontré junto al pabellón de verano, pero no era Riverton, no podía serlo. No era el edificio nuevo y resplandeciente que Teddy había diseñado, sino una antigua estructura con paredes por las que trepaba la hiedra, invadiendo ventanas y rodeando las columnas.

Alguien me estaba llamando. Una voz familiar de mujer llegaba desde la orilla del lago situado tras el edificio. Bajé la cuesta apartando con las manos las ramas más altas. Una silueta estaba en cuclillas en la orilla.

LA CASA DE RIVERTON

Era Hannah, con su vestido de novia. Su rostro pálido surgió de las sombras. El barro le salpicaba la frente ensuciando las rosas que la adornaban. Me miró. Su voz me heló la sangre.

—Llegas muy tarde —advirtió, y señaló mis manos—. Llegas demasiado tarde.

Miré mis jóvenes manos, impregnadas del oscuro barro del lago, y en ellas, el frío cadáver de un perro de caza.

Por supuesto, sé lo que motivó ese sueño: la carta de una cineasta. Últimamente no recibo muchas cartas; ocasionalmente, una postal de un amigo con un exagerado sentido del deber para contarme que está de vacaciones; una comunicación formal del banco donde tengo mis ahorros; una invitación al bautizo de un niño cuyos padres, descubro con sorpresa, ya han dejado de ser niños.

La carta de Ursula había llegado un martes por la mañana, a finales de noviembre, y cuando Sylvia vino a hacer mi cama la trajo consigo. Levantó sus cejas exageradamente delineadas y agitó el sobre.

—Tiene correo. Por el sello, parece venir de Estados Unidos. ¿Tal vez su nieto? —La ceja izquierda se arqueó enfatizando la interrogación y la voz se transformó en un ronco susurro—. Algo terrible. Sencillamente terrible. Y él... un joven tan bueno.

Cuando Sylvia terminó de lamentarse, le di las gracias por la carta. Me cae simpática. Es una de las pocas personas capaces de descubrir, más allá de las arrugas de mi cara, la persona de veinte años que habita en mí. No obstante, me niego a entablar con ella una conversación sobre Marcus.

Le pedí que abriera las cortinas. Ella frunció los labios un instante, antes de emprenderla con otro de sus temas favoritos: el clima, la probabilidad de que nevara en Navidad, los estragos que eso causaría a los internos artríticos. Hice los comentarios de rigor, pero mi mente estaba ocupada en el sobre que tenía en el regazo, preguntándose acerca de la escritura desapareja, los sellos de otro país, los bordes desgastados que hablaban de una larga travesía.

—Bueno, ¿quiere que le lea la carta para que sus ojos no se cansen? —sugirió Sylvia, dando a las almohadas el voluntarioso toque final que las dejaría mullidas.

—No, gracias. ¿Podría en cambio alcanzarme las gafas?

Cuando por fin se fue, tras prometer que regresaría para ayudarme a vestirme una vez finalizada su ronda, extraje la carta del sobre. Las manos me temblaban mientras me preguntaba si, por fin, él regresaría.

Pero la carta no era de Marcus sino de una joven que estaba haciendo una película sobre el pasado. Me pedía que supervisara los escenarios y juzgara su autenticidad, que recordara objetos y lugares de tiempos lejanos. Como si no hubiera pasado toda la vida tratando de olvidar.

Ignoré la carta. La plegué cuidadosa y serenamente, guardándola dentro de un libro que hacía tiempo había desistido de leer. Y después suspiré. No era la primera vez que recordaba lo que había sucedido con Robbie y las hermanas Hartford en Riverton. Una vez vi la última parte de un documental en la televisión. Algo que estaba mirando Ruth, acerca de corresponsales de guerra. Cuando la cara de Robbie llenó la pantalla y su nombre apareció escrito debajo en una tipografía sencilla, se me erizó la piel. Pero eso fue todo. Ruth no se inmutó, el narrador continuó, y yo seguí secando los platos de la cena.

En otra ocasión, mientras leía en el periódico la guía de programas de televisión, mis ojos toparon con un nombre familiar. Uno de los programas conmemoraba los setenta años de la cinematografía británica. Me fijé en la hora en que se emitiría. Mi corazón estaba alborotado, dudaba si me atrevería a verlo. Al final fue una verdadera decepción. Casi no mencionaban a Emmeline. Sólo mostraron algunas fotos publicitarias —ninguna de ellas reflejaba su verdadera belleza— y un fragmento de una de sus películas mudas, *La dama espera*, donde aparecía muy rara: con mejillas hundidas y movimientos torpes, como los de una marioneta. No se hacía referencia a otros filmes, a los que habían causado el escándalo. Supongo que no los consideraban dignos de mención en estos días promiscuos e indulgentes.

Pero, si bien ya me había encontrado con esos recuerdos con anterioridad, la carta de Ursula me resultó perturbadora. Era la primera vez, en casi setenta años, que alguien me asociaba con esos hechos cayendo en la cuenta de que una joven llamada Grace Reeves estuvo ese verano en Riverton. En cierto modo aquello me hizo sentir vulnerable, identificable. Culpable.

LA CASA DE RIVERTON

No. Mi decisión era categórica. No respondería a la carta.

Y así fue.

No obstante, me sucedió algo curioso. Los recuerdos que durante largo tiempo había arrinconado en los oscuros confines de mi mente encontraron grietas por donde filtrarse. Las imágenes surgieron con una claridad que me dejó pasmada, con total nitidez, como si el tiempo no hubiera pasado. Tras las primeras y tímidas gotas siguió el diluvio: conversaciones enteras, palabra por palabra, con sus más mínimos matices. Las escenas se desarrollaban como en una película.

Yo misma me sorprendí. Las polillas han abierto agujeros en mis recuerdos recientes; sin embargo, el pasado lejano está claro y nítido. Últimamente los fantasmas de aquella época me visitan a menudo y me asombra descubrir que no me preocupan demasiado. Al menos, no tanto como suponía. En efecto, los espectros de los que he tratado de escapar toda mi vida se han convertido casi en un consuelo, algo que agradezco. Espero ansiosa su aparición, como si fueran protagonistas de una de esas series de las que siempre habla Sylvia, y que le hacen completar sus rondas a toda prisa para poder verlas en la sala principal. Había olvidado —o eso creía— que en medio de la oscuridad quedaban recuerdos brillantes.

La semana pasada, cuando llegó la segunda carta, el mismo fino papel escrito con la misma letra garabateada, supe que diría «sí», que aceptaría inspeccionar los escenarios. Sentía curiosidad, algo que no había experimentado desde hacía tiempo. No hay muchas cosas que despierten curiosidad a los noventa y ocho años, pero quería conocer a esa Ursula Ryan que planeaba revivirlos a todos, que tanto se apasionaba con esa historia.

De modo que le escribí una carta, le pedí a Sylvia que la enviara y acordamos una cita.